mos á dar gracias á esta buena Madre con todo nuestro corazón.

Entre tanto tomé las medidas convenientes á fin de que se preparase todo para la solemnidad, dirigiéndolo á la mayor gloria de Dios y á la edificación del prójimo.

Aquí teneis, niñas, que aprender el amor del aseo y de la limpieza, pero no el que degenera en presunción y vanidad, sino el que va acompañando siempre á la modestia. Sed muy modestas, el ángel de la guarda mira con complacencia á su niña encomendada, cuando es modesta, pero se horroriza y se llena de dolor, cuando la vé sucia y fea. Niña que no ama y cuida la modestia, de grande caerá en muy graves faltas, y tendrá de que arrepentirse toda su vida.

LOS ANIMALES.

V. Las cigüeñas.—Diversos picos de las aves.—El camello.—El elefante.

En las cigüeñas nos presenta el Criador una perfectísima imágen de piedad de los padres para con sus hijos, y de los hijos para con sus padres. Porque los padres, además de mantener sus hijos en el nido, como hacen las otras aves, usan de esta

piedad con ellos, que cuando arde el sol de manera que podría ser dañoso á los hijuelos tiernecicos, extienden ellos sus alas, en las cuales reciben los rayos del sol, y hácenles con esto sombra, siendo para sí crueles, por ser para los hijos piadosos. En lo cual nos representan aquellas piadosas entrañas y amor del Padre Eterno para con sus espirituales hijos, á quien el Salmista atribuye esta misma piedad, diciendo que con sus espaldas les hará sombra, y recogerá y guardará debajo de sus alas. Y no menos representan la grandeza de la caridad del Hijo de Dios, el cual recibió en sus sacratísimas espaldas los azotes que nuestras culpas merecían, pagando, como él dijo, lo que no debía. Pues esta caridad que tienen las cigüeñas para con sus hijos cuando son chiquitos, tienen los hijos para con sus padres cuando son viejos é inhábiles para buscar de comer. Porque pagan en la misma moneda el beneficio que rerecibieron, manteniendo sus viejos padres en el nido con todo cuidado. Y cuando es necesario mudarse para otra parte, los buenos y agradecidos hijos, extendiendo sus alas, toman á los viejos encima, y múdanlos para el lugar donde han de morar. En lo cual también nos representan la caridad y misericordia de aquel soberano Padre para con sus hijos, de quien el Profeta dice: *Queasí como águila extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros.*

A las aves que se mantienen de grano ó de yerba, como la gallina y otras tales, dióles los picos

agudos, que les sirven, no sólo de comer con ellos, sino también de armas cuando pelean unas con otras; y los piés con dedos y uñas para escarbar con ellos, y desenterrar el grano debajo de la tierra. Mas, por el contrario, á las que buscan su manjar en el agua, como los cisnes, y ánades, y patos, dióles los piés extendidos como una pala de remo, con que maravillosamente reman y nadan, estribándose con las plantas en el agua, y pasando con el cuerpo adelante. De donde el arte, imitadora de la naturaleza, aprendió á remar: porque primero fueron estos remos naturales que los artificiales. Formó también el pico de otra manera, no agudo; sino llano como una pala, y con unos dientezuelos como de sierra, para que los peces que son lisos y deleznables se entretuviesen y prendiesen en ellos.

A las aves que tienen las piernas grandes diéronseles también los cuellos grandes, para que fácilmente alcanzasen el manjar de la tierra. Y lo mismo se hizo con los animales que son altos de agujas, como son los camellos, á los cuales se dió el pescuezo grande para que pudieran fácilmente buscar su pasto en la tierra. Y otra cosa noté en ellos, que teniendo los hombres y los brutos dos junturas principales en las piernas, una en las rodillas y otra en el cuadril del muslo, estos animales, por ser muy altos, tienen tres, repartidas de tal manera, que parecen sus piernas echas de goznes: así las doblan y encojen para bajarse á recibir la carga, ó para tenderse en la tierra

cuando quieren dormir. Mas porque el elefante es mucho más alto, y no convenía darle pescuezo tan grande con que pudiese llegar á pacer, diósele en lugar de él aquella trompa de carne ternillosa, de la cual se sirve como de una mano, no sólo para comer, sino también para beber, porque es ella hueca por dentro, y por ella agota un pilar de agua, y á veces por donaire rocía con ella á los circunstantes.

(Fr. Luis de Granada.)

5ª Fábula.

El Gallo y la Gallina.

Un gallo que orgulloso
Sacude su plumaje,
Y su canto estruendoso
Lanza con voz salvaje:
Un día probar queriendo
Su brio y su valentía,
Va osado arremetiendo
A un buey que allí pacía:
Avanza y retrocede
Siguiendo el movimiento
Del bruto, que no puede
Ni ver su atrevimiento.

Pues con su ruda lengua
En la yerba hace ensayo,
Y así sin prez ni mengua
No hace caso del gallo.
Pasaba una gallina,
Y viendo al gallo un poco
Le dice azás mohina:
Quita allá gallo loco!
Por mostrarte valiente
A este buey atacando,
Estulto é imprudente
Sólo te estás mostrando.
¡A tal locura la jactancia llega;
Que es siempre osada, y á su daño ciega!

7ª ADIVINANZA.

Aposento misterioso
Donde nacen los cristianos,
Baño dulce y pudoroso
Donde lavan sacras manos,
Agua fría, mas consagrada,
Que una mancha solamente
Lava siempre, y derrepente
Con sólo caer es quitada.
¿Qué será el tal aposento
Que tan claro te presento?

8ª ADIVINANZA.

Soy un vaso, ó mas bien copa
En que se sirve agua y vino
Y asistir es mi destino
A un festín donde no hay sopa,
Ni hay cocido ni guisado
Ni hay roosvich ni hay ensalada
Ni comida sazonada
Ni hay conservas ni estofado;
Sólo hay un pan que provoca
En un plato que es mi amigo
El cual va junto conmigo
Y cubre siempre mi boca,
Con mi plato así tapado
Vivo encerrado y cubierto,
Y sólo á salir acierto
Para el festín de que os he hablado.

QUINTO SABADO.

Nuestra Señora de Pontmain.

Las letanías de la Virgen.—Segunda parte de la inscripción.—Estado de la Francia.—Consejos á las niñas.

YA queda pintada en el letrero al pie de la Señora, aquella frase: *Mas orad, hijos míos*, y lloraban las gentes, conmovidas, al meditarlas. El Señor cura dice entonces: «vamos, hijos míos cantando las letanías de la Virgen Santísima, para que nos dé á conocer lo que desea de nosotros. Y, en efecto, Sor María Eduardo, comienza luego el canto de la letanía, que todos saben, por allá, responder. Apenas se iba comenzando la primera invocación, cuando exclamaron los niños: mirad que ya se está haciendo otra letra; es una D es una D! Despues y poco á poco comenzó á salir una I, en seguida una O, y al fin una S: claro esta que decía, Dios. Y así, sobre la misma línea de la pasada frase, se fueron formando, lenta y sucesivamente otras letras que decían:

DIOS OS ESCUCHARÁ EN POCO TIEMPO.

Al fin de esta nueva frase se puso también un punto; pero era un punto raro y estraño, pues era

del tamaño de las mismas letras, de tal suerte que mejor parecía una esfera, como representando al mundo. Esto pasaba al acabarse el canto de las letanías, y no es decible la alegría, el entusiasmo, las demostraciones de aquellos buenos campesinos al considerar esta promesa tan misericordiosa, pues mientras unos derramaban lágrimas de ternura, los otros poblaban el aire de gozosas exclamaciones.

Pero ¿cuál era la causa, direis de tantas demostraciones, y de un gozo tan grande? Para que podais comprenderlo, os diré, amadas niñas, que en aquella época, despues de haberse lanzado la Francia en una guerra imprudente, por no estar bastante preparada, comenzaba á pagar sus delitos, y uno de ellos, era, el haber contribuido al despojo del Sumo Pontífice: Dios la castigaba con sangrientas derrotas, y el enemigo se derramaba en su seno como un torrente; la tercera parte de la nación se hallaba bajo la dominación de la Alemania, y el resto aguardaba pronto la misma suerte. El mismo día que esto pasaba en Pontmain, el ejército prusiano hacía llegar sus avanzadas hasta cerca de Laval, á cuyo Obispado pertenecía aquella aldea, y á media legua de la ciudad se oian los cañonazos de los enemigos. ¡Cuál sería, pues, la esperanza de aquellos buenos cristianos, en tan críticas circunstancias, cuando el cielo, de un modo tan prodigioso les mandaba tan dulce promesa! *Dios os escuchará en poco tiempo.* Y tan cierto salió el anuncio, que tres

días despues las tropas se replegaban, dejando libre aquella comarca, y quince días mas tarde, esto es, el 28 de Enero, se concluía lo que se llama un armisticio, y se firmaban los preliminares de la paz.

Mas dejemos en su alegría á este piadoso vecindario, y notemos, queridas niñas, cómo al cantarse las letanías, donde se dice Cristo, óyenos, Cristo escúchanos» la aparición como que contestaba: Dios os escuchará según se lo pedís. Pero ¿quién es la que hace esa promesa? Es la Virgen María, pues que á ella le decimos: santa María, santa Madre de Dios, Ruega por nosotros, y seguimos á cada título repitiendo el mismo clamor y la misma súplica: *ora pro nobis.* Como que responde, «es tan cierto que ruego por vosotros, que por mis ruegos, ardientes y repetidos, he conseguido del Señor que os escuche; y he querido bajar á daros tan felíz nueva. Y aun más: no sólo he alcanzado que os escuche, más también, que no tarde en socorreros, sino que os oiga y remedie, *en poco tiempo.*» Por aquí veréis niñas, cuan buena es nuestra dulce Madre, y cuántas cosas nos consigue con Dios, y cuan bueno es rezarle su rosario y sus letanías, pues á los gritos tan repetidos que allí le damos, no es posible que permanezcan duras sus entrañas, ni sordos sus oidos maternales. Invocadla, pues, tomadla por Madre, sed fieles en sus prácticas, y no olvideis consagrarle de un modo especial el día del sábado.

Hasta el otro, mis buenas amiguitas!

SEXTO DOMINGO.

Vida de una santita de nueve años.

VI.

Adorno de la capilla.—Llegan el Señor Obispo y las madrinas.—En la puerta del Templo responden las niñas á las preguntas.—Reciben el Bautismo.—Cambian sus trajes.

NUESTROS deseos fueron plenamente realizados: llegó por fín el día 23 de Abril, ese bello día tan impacientemente esperado, y la gracia de la regeneración, objeto de los votos de las dos niñas hacía tanto tiempo, les fué solemnemente conferida. Ved aquí como se ejecutó la ceremonia.

Nuestra capilla estaba adornada lo mejor posible; dos mesas guarnecidas con magnificencia ocupaban el santuario cerca del altar; una debía recibir los objetos necesarios para la administración del sacramento, como los Santos Oleos; en la otra estaban los vestidos blancos, los velos, guirnaldas de flores y otros preciosos objetos; todo colocado en los términos convenientes: sobre el altar se veían los ornamentos pontificales.

Una numerosa guardia vigilaba el orden enmedio de la gran multitud que tan piadosa curiosidad había atraido.

A las diez de la mañana llegó el venerable Prelado de la diócesis, Monseñor Rinaldi, seguido de los Señores Canónigos de la Catedral: al mismo tiempo salían por la puerta del claustro las dos niñas africanas, Lemona y Amna, con el traje de su nación, acompañadas de dos respetables y virtuosas señoras que á invitación mía se habían prestado á ser sus madrinas. Las catecúmenas caminaban con paso grave, juntas las manos, los ojos bajos y en una actitud tan recogida, que sólo su vista hacía derramar lágrimas de devoción. El trayecto de la puerta del monasterio á la entrada de la iglesia estaba decorado con colgaduras de festones y otros adornos del mejor gusto.

Las niñas se detuvieron luego que llegaron al umbral del recinto sagrado. Entre tanto, Monseñor, habiendose adelantado hasta el altar, acababa de revestirse los ornamentos pontificales de color violado y una mitra sin adorno. Estando todo listo, entonó Su Señoría el *Deus in adjutorium* con voz solemne: al instante comenzó la música y en toda la iglesia resonó el canto de los salmos que deben preceder á la administración del santo bautismo.

Luego que terminó el canto, el venerable Prelado se adelantó con magestad hacia á la puerta de la Iglesia, allí; sentado y á la cabeza de un

numeroso clero, en presencia de una gran multitud y enmedio de un silencio profundo, dirigió sucesivamente á las jóvenes catecúmenas las preguntas de costumbre: las dos niñas respondieron con tanta prontitud y energía, que todos quedaron llenos de admiración. Lemona recibió el nombre de María, y Amna el de Josefina.

Asegurado de su fé y de su deseo del bautismo, tomó Monseñor por la mano, primero á la mayor, y despues á la menor, las introdujo en la iglesia, y mientras la orquesta ejecutaba una pieza deliciosa, las acompañó hasta el pié del altar donde tomó los ornamentos blancos, con una mitra mas rica y el báculo pastoral, allí se sienta, reitera las preguntas, recibe las respuestas y hace correr, por fín, sobre la frente de las dichosas niñas el agua vivificante del bautismo; inmediatamente despues las despoja de las señales de su antigua esclavitud y les viste un traje blanco, cubre su cabeza con un velo y les coloca una guirnalda de rosas; todo deslumbrante de blancura, símbolo de la inocencia: luego se les dió una vela encendida, figura de la luz de la fé que ya brillaba en sus almas.

Entonces, las dos neófitas se retiraron del altar y vinieron á ocupar los asientos que se les tenían preparados. Monseñor, despues de un discurso muy tierno que hizo derramar muchas lágrimas, terminó la augusta ceremonia con el canto del *Te Déum* y con la bendición del Santísimo Sacramento. Su Señoría, habiendo bajado del tro-

no pontificio, se acercó bondadosamente á las dos niñas neófitas y colgó á su cuello un hermoso Crucifijo de plata, artísticamente trabajado; era como la prenda sagrada y el sello real de santa alianza que sus almas virginales acababan de contraer con Jesucristo en las aguas regeneradoras del bautismo.

El excelente prelado á pesar de su gran fatiga, tuvo la extremada complacencia de llevar él mismo á nuestra casa á los dos angelitos; al entregármelas me dijo algunas palabras llenas de unción, que le dictaban los sentimientos de fé de que estaba penetrado: en seguida nos dió su paternal bendición dejándonos embriagadas de dicha. Despues de algunos momentos de reposo, hizo venir al locutorio á las nuevas hijas de Dios: yo le observé durante su conversación con ellas, y estaban sus ojos llenos de lágrimas.

El señor capellán, presente á esta escena, no estaba menos conmovido: el digno sacerdote no había excusado fatigas ni penas para preparar á las niñas á la gracia del santo bautismo, y para hacer lucir la augusta ceremonia, la cual se acababa de ejecutar según sus deseos; y las criaturas estaban delante de él regeneradas y cubiertas con la vestidura blanca de la inocencia. En la misma mañana vinieron ellas mismas á buscarme, rogándome las bendijera.

—Mamá, ¿nos haces un favor?

—Sí, queridas niñas, ¿desean ustedes alguna cosa?

Enséñanos la iglesia y el altar, y todas esas cosas tan preciosas del Obispo, que han servido para el santo bautismo, pues entonces no pensábamos más que en Jesús y en responder bien.

Las niñas decían verdad, pues en toda la ceremonia, la cual duró dos horas y media, habían estado tan recogidas y tan modestas, que nadie les había visto levantar una sóla vez los ojos, ¡cosa admirable en su edad y con su natural ardiente, é incapaz al parecer de tanto recogimiento y tanta constancia!

Vuelvo á mi relación. Nuestra querida Josefina, en la época de su bautismo, apenas había salido de una enfermedad; yo temía mucho que no pudiese soportar la fatiga de tan larga ceremonia, pero la niña había asegurado siempre que podría, y su esperanza no fué engañada; y la gracia del bautismo como que derramó en ella con nuevas fuerzas y un no se qué de divino que se veía brillar en toda su persona.

Ved qué grande, qué hermoso es el Bautismo. Dadle gracias á Dios muchas veces niñas cristianas, de que os ha hecho la gracia de recibir desde recien nacidas este precioso sacramento y frecuentad la devota práctica de la renovación de los votos y promesas del Bautismo, muy oportuna principalmente en el día aniversario de nuestro nacimiento. Las niñas desagradecidas no serán buenas cristianas.

LOS ANIMALES.

VI. Los perros.—Tres cosas señaladas de un lebrel, hermosamente aplicadas á la vida cristiana.

Más ya que la necesidad del mantenimiento nos obligó á tratar de los canes, añadiré aquí otra cosa, la cual servirá, no para todos, sino para solos aquellos que anhelan á la perfección de la vida cristiana, la cual ví representada tan al propio en un lebrel, que no había más que saber ni que desear. Porque en él ví estas tres cosas que diré. La primera, que nunca jamás por jamás se apartaba de la compañía de su señor. La segunda, que cuando alguna vez el señor mandaba á alguno de sus criados que lo apartasen de él, gruñía y aullaba, y si lo tomaban en brazos para apartarlo, perneaba con pies y manos, defendiéndose de quien esto hacía. La tercera cosa que ví fué, que caminando este señor por el mes de Agosto, andadas ya tres leguas antes de comer, iba el lebrel carleando de sed. Mandó entonces el señor á un mozo de espuelas que lo llevasen por fuerza á una venta que estaba cerca y le diesen de beber. Yo estaba presente; y ví que á cada dos tragos de agua que bebía volvía los ojos al camino, para ver si el señor parecía. De modo que aun bebiendo no estaba todo donde estaba, porque el corazón, los ojos y el deseo estaban con su amo. Mas en el punto que lo vió asomar, sin acabar de beber, y sin poder ser detenido un punto, salta, y corre para acompañar á su señor. Mucho había que filosofar sobre esto. Porque el Criador no sólo formó los animales para servicios de nuestros cuerpos, sino también para maestros y ejemplos de nuestra vida: como es la castidad de la tórtola, la simplicidad de la paloma, la piedad de los hijos de la cigüeña para con sus padres viejos, y otras cosas tales. Mas volviendo á nuestro propósito, si el amador de la perfección tuviese con su Criador estas tres cosas, que este animal tan agradecido tenía para con el señor que le daba de comer por su mano, había llegado á la cumbre de la perfección.

Entre las cuales la primera es, que nunca se aparte de él, sino que todo el tiempo cuanto humanamente le sea posible ande siempre en la presencia de él, de modo que ni jamás lo pierda de vista, ni pierda la unión actual de su espíritu con él, haciendo á su modo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo, que es estar siempre actualmente amando, y reverenciando, y adorando, y alabando aquella soberana Magestad. Si esto hiciere, habrá llegado á la última perfección y felicidad de la vida cristiana. Esta perfección pedía San Agustín á Nuestro Señor en una de sus meditaciones por estas devotísimas palabras: "En tí, Señor, piense yo siempre de día, en tí sueñe durmiendo de noche, á tí hable mi espíritu, y

contigo platique siempre mi alma. Dichosos aquellos, cuya esperanza eres tú, y cuya vida es una perpétua oración.» Esta es, pues, la primera obra de perfección que nos enseña aquel animal, que nunca se aparta de su señor.

La segunda es, que como este animal sentía tanto el apartamiento de él, así el amador de la perfección sienta mucho todo aquello que lo aparta de esta felicísima unión con Dios como lo sentía el bienaventurado San Gregorio Papa: el cual, viendo que las ocupaciones del oficio pastoral le divertían algún tanto de esta actual unión con Dios, se lamenta y queja de sí mismo en el principio de sus diálogos, por estas palabras: «La miserable de mi alma, lastimada con la herida de las ocupaciones que consigo trae el oficio pastoral, acuérdase de aquella vida quieta de que gozaba en el monasterio: cómo entonces tenía debajo de los piés todos los bienes de esta vida, cómo estaba mas alta que todas las cosas que ruedan con la fortuna, cómo no sabía pensar más que en las cosas del cielo; cómo deseaba la muerte que á todos es penosa, por ir á gozar de la vida eterna.» Véis pues, aquí expresada la segunda cosa que este can nos representa, cuando aullaba y perneaba, porque le apartaban de su señor. Mas la tercera es la más ardua, y en que está toda la fuerza de este negocio: la cual es, que así como este can renunció el gusto que recibía en el beber, por no perder un punto de la compañía de su señor, así el perfecto siervo de Dios ha de cortar por todos los gustos, y afecciones, y cuidados, y codicias, y negocios, y ocupaciones demasiadas que le fueren impedimento de esta beatísima unión, si no fuere cuando la obediencia, ó la necesidad de la caridad le obligare á ello, y aun en este tiempo ha de trabajar todo lo posible por no apartar los ojos del alma, de la presencia de su señor. Esta tercera cosa muestra David que hacía cuando decía: *Que había renunciado su alma todas las consolaciones de la tierra, y ocupádose en pensar en Dios, con cuya memoria había recibido tan grande consolación, que su espíritu desfallecía con ella.* Esto es propiamente morir al mundo, para vivir á Dios: esto es dejarlo todo, para hallarlo todo en sólo él. Y si esto hacía este can por un pedazo de pan que recibía de la mano de su señor, ¿qué será razón hagas tú, hombre desconocido, por aquel Señor que te crió á su imágen y semejanza, y te conserva con el beneficio de su providencia, y te redimió con su misma sangre, y te tiene aparejada su gloria, si no la perdieres por tu culpa?

(Fr. Luis de Granada.)

6ª Fábula.

El león y el caminante.

Un caminante se encontró en un día
Con un león que en busca de la presa
Rugiendo de impaciencia y de alegría,
Al mirarlo sacude la cabeza
Echóse á huir el pobre caminante,
Y las crines feroces agitando
El león le persigue amenazante;
En un juncal el hombre penetrando
Que á los bordes de un río se encontraba
Otro horrible peligro le amenaza:
Un cocodrilo enorme allí asomaba
La boca abriendo en bnsca de la caza
Y á triturarle al punto se prepara
Ve el caminante atrás, y el león se acerca
Y entre su enorme y furibunda cara
Ve sus ojos brillar de sí muy cerca.
Qué hacer? Por donde huir? El hombre yerto
Irremediablemente creese muerto,
Más luego, va mirando, cosa rara!
Que sus dos adversarios se contemplan:
Uno al otro furioso se acometen,
Y con el hombre ya sus iras tiemplan
Pues león y cocodrilo se arremeten,
Y tal es el furor de aquel embate

Que entrambos mueren en el cruel combate!
Sano y salvo se enccuentra el caminante:
Alza al cielo la frente agradecida,
Y antes de dar un paso hacia adelante,
A Dios alaba á quien debió la vida.
Salva á veces así la Providencia
Muy prodigiosamente la inocencia,
Dejando á los impíos despedazarse
Y cual bestias feroces, devorarse.

9ª ADIVINANZA.

Son unas niñas
Que aunque parleras
Mas siempre tienen
Las lenguas quietas.
Cuando ellas hablan
Las gentes buenas,
Más silenciosas
Y atentas quedan.
A un Rey muy grande
Luego demuestran,
Y siempre avisan
Cuando se ostenta;
Cuando á su pueblo